

LA MUJER DE SHRODINGER

Por Trent Reznor

Rubén y Marta discutieron hasta que ella tuvo que salir de casa llorando. Como muchas de sus discusiones, empezó como una pequeña bola de nieve para convertirse en un alud, donde ambos quedaron sepultados bajo insultos y reproches cada vez más antiguos. Rubén se quedó en casa, inmóvil, incapaz de pensar; Marta cogió las llaves del coche y se fue a dar una vuelta: eso siempre la ayudaba a despejar sus pensamientos.

Aun habiendo conducido durante media hora, Marta no podía vislumbrar de un modo claro de quién había sido la culpa de todo. Claro que buscar un culpable no ayudaba a solucionar el tema, pero más por orgullo que por amor analizó cada palabra, ansiando juzgarse a sí misma o a su marido. Eran una pareja joven, apenas llevaban tres años casados, pero por desgracia las cosas se torcían demasiado deprisa, y quizás, se dijo, ya no sentía por Rubén lo que debería sentir por alguien con quien compartiría toda su vida.

Con la mente absorta en los retales de su reciente discusión y de discusiones pasadas, los reflejos de Marta se ralentizaron. Sólo un poco. Lo suficiente para que no pudiera frenar a tiempo en un semáforo. Para evitar una masacre, Marta no tuvo más remedio que dar un volantazo a un lado, dándose de lleno contra un edificio mientras se maldecía a sí misma por su empecinamiento, también llorando por su destino incierto.

Y entonces dejó de pensar.

En el sofá, Rubén contemplaba la discusión con Marta desde un punto más lejano. En su caso, las discusiones se analizaban desde un único punto de vista: él no tenía la culpa.

Con una cerveza en la mano, Rubén se preguntaba entre sorbo y sorbo cuándo se arreglarían las cosas, si es que llegaban a arreglarse.

Una madre tapó los ojos a su hijo al ver el deportivo de Marta hacer un amago de ataque contra la fila de peatones. Como si el coche hubiera obedecido sus deseos, éste giró bruscamente a la derecha, y fue en ese momento, cuando el vehículo quedó convertido en un amasijo de metal y carne, que más fuerte apretó la mano contra el rostro del niño.

Varios curiosos se acercaron al coche siniestrado, y los vehículos que esperaban en ambas direcciones del paso de peatones quedaron bruscamente parados: sus ocupantes salieron en tropel, horrorizados por la siniestra estampa, pero también mórbidamente curiosos, pues se acercaron para ver de primera mano los detalles.

Apenas quedaba algo reconocible. Era una lata de refresco gigante aplastada contra la pared, con las puertas delanteras abiertas y un brazo perfecto, intacto, asomando de los destrozos con un chorro de sangre escurriéndose hasta los dedos. Poco más se podía ver de Marta que fuera agradable.

- ¡Que alguien la saque de allí! – dijo un testigo.
- ¡Una ambulancia, socorro! – gritó otro.

De lejos, coche y mujer parecían un mismo ser, fundidos por la alquimia del choque, heridos de muerte. Fluían aceite y gasolina y sangre hasta la alcantarilla más cercana, mostrando en su cauce las huellas de curiosos y santones.

- Dios santo, ¿está viva? – preguntó en voz alta un hombre joven.

Nadie se atrevió a responderle.

Para mantener la cabeza ocupada con cualquier otra cosa, Rubén colocó uno de sus numerosos DVD de temática fantástica y se arrellanó en el sofá. Con la cerveza en la mano, pulsó el botón de reproducir película y, nada más aparecer los títulos de crédito, llamaron a la puerta.

De camino pensó en algo que decirle a Marta. Por un lado creía que no había nada más que hablar, que todo se había dicho antes y que continuar el tema dejaría la herida abierta; por otro, lamentaba no tener algo más que decir aparte de “Hola”, y haber tenido la intención de ver una película precisamente para no pensar. Llegó al pomo y abrió, dispuesto a dejarse llevar.

- ¡Cerdo! – Marta estaba esperando al otro lado de la puerta, y cuando Rubén abrió, le propinó una sonora bofetada.

Su mujer se marchó, dejando a Rubén en la puerta con cara de tonto, la mejilla derecha roja y dolorida y la capacidad de reaccionar neutralizada por completo. Se quedó unos segundos más, apoyando las manos en el marco de la puerta como si estuviera a punto de extender completamente los brazos para derribar la entrada. Finalmente, respiró hondo, cerró la puerta con resignación y volvió al sofá, deseando con todas sus fuerzas que aquel lío se solucionara, y pudieran continuar con sus vidas.

- Pero si es sólo una tontería – pensó.

Uno de los samaritanos colocó una mano a modo de visera y trató de vislumbrar una carretera que no se encontrara atascada; es lo que tenía un accidente de tráfico, cuyo morbo producía una ralentización del tráfico molesta y, en aquel caso, peligrosa. Aunque era practicante, Manuel supo con certeza que, sin el traslado urgente e inmediato de una ambulancia, la chica moriría.

Se acercó de nuevo al coche siniestrado, y contuvo la respiración al ver a Marta. El airbag se había deshinchado, y la cabeza de la víctima reposaba casi desecha sobre el volante; aunque se había puesto el cinturón, un golpe tan fuerte contra la pared había hecho que los restos del vehículo se amontonaran contra ella en una melé injusta. Manuel apartó la cara cuando comprobó que de la boca de Marta salía sangre espesa, y que la nariz estaba rota en una fractura abierta y supurante.

No se movía, pero podría seguir viva. Sin embargo, sacarla él solo y sin los medios adecuados de apoyo podría suponer su muerte, por lo que decidió esperar y rezar porque Marta luchara por su vida.

La ambulancia seguía sin venir.

La película continuó exactamente donde la dejó, y Rubén, con otra cerveza, se acariciaba la mejilla. Quería llorar, pero la indignación por una afrenta tan física le había robado las lágrimas. Aunque no quería pensar en ello todavía, pensó en el divorcio y en la vida que tendría que llevar, buscando una nueva pareja con la que pasar sus días, ya que le aterraba pensar en un futuro solitario.

Susurró con fuerza el nombre de Marta y entonces volvieron a llamar a la puerta.

Directo, sin pensar, se dirigió a la entrada, comprobó que era Marta quien llamaba, cerró los ojos por si tenía que aguantar estoicamente otra bofetada y abrió. En su lugar, recibió un beso apasionado, sin palabras de por medio, con tanta lengua como pasión había entre los dos. Ella acariciaba su cara, recorriéndole el rostro entre apenas audibles súplicas de perdón; Rubén se dejó, olvidando la discusión, la bofetada, todo, sintiendo una corriente de alivio y éxtasis por la posibilidad de continuar su proyecto de futuro.

Continuó el beso, con los ojos cerrados, aun sin seguir sintiendo la lengua de su amada. Abrió los ojos, y ella ya no estaba.

Entre varias hileras de coches, bajo el sol, intentaba alcanzar la ambulancia el lugar del accidente, pero apenas podía moverse. Los vehículos apiñados en la carretera daban la sensación de ser un montón de cuentas de collar encerradas en un cajón, y eran insignificantes los progresos que conseguían hacer. Dentro, el conductor y el auxiliar se lamentaban amargamente de tener a la vista el coche siniestrado y no poder hacer nada.

- ¡Joder tío! ¿Has visto alguna vez algo como eso!? – dijo el auxiliar.

- Un par de veces, pero nunca contra un muro. Una vez, contra un árbol... - contestó el conductor, más curtido en el negocio.

- ¿Y se puede sobrevivir a eso?

- No – contestó el compañero, tajante.

Desde su apartado y retorcido rincón del mundo, Marta despertó, y se escuchó a sí misma pensar. Había un zumbido incesante, que se elevaba por encima de las heterogéneas letanías de la gente circundante, y que apenas la dejaba hilvanar ideas.

Intentó moverse, pero el cuerpo no le respondía. De hecho, no podía recordar cómo se hacía eso, y en todo caso, por lo poco que pudo apreciar de su estado, tampoco quería moverse: el coche, como un cuerpo extraño, había intentado introducirse en ella con éxito moderado, y tenía pinta de doler mucho.

Hasta que volvió a desmayarse, apenas un minuto después, la idea de la muerte no llegó a atemorizarla. Lo que le encogía el corazón era que sus nervios se despertaran, y entonces comenzara a sentir el dolor. Pero fue la pérdida de sangre, y no sus deseos,

los que la arrebataron la consciencia para no enfrentarse a aquello en lo que se había visto atrapada.

¿Y dónde cojones estaba ella?

Rubén salió al descansillo y bajó un tramo de escaleras, antes de reparar en que había dejado la puerta de su casa abierta. Volvió a su hogar y cerró, sin saber del todo qué pensar, ¿estaba Marta tratando de volverle loco?, ¿cómo conseguía desaparecer sin dejar rastro?, ¿era, al fin y al cabo, todo real o sólo un producto de su imaginación, provocado por su angustiosa idea de estar solo?

En el salón, se quedó contemplando el teléfono durante un par de instantes, hasta que suspiró y probó a llamar a Marta al móvil, sólo por si ella lo cogía y podía aclarar de una vez a qué estaba jugando. Daba tono, pero nadie lo cogía (Manuel trató de coger el teléfono, pero le resultó imposible atravesar los amasijos de metal), y acabó frustrado, en el sofá de nuevo, contemplando el vacío.

Ya no tenía ganas de nada. No quería moverse hasta que algo se hubiese aclarado de una vez, y se encontraba psicológicamente agitado; en su estado, no tardó en descartar la idea de llamar a algún amigo para estar en compañía.

Enfrascado en sus propios pensamientos, no pudo apreciar los tenues golpes en la puerta. Sólo cuando sus ideas dejaron de parasitar su oído pudo escuchar el sonido.

- ¿Marta, eres tú? – dijo, en un tono lo bastante fuerte como para atravesar la puerta de entrada y llegar a quien estuviera al otro lado.

En lugar de una respuesta, a medida que Rubén avanzó hacia la puerta sintió un estremecimiento tan profundo, que apenas pudo concentrarse; Marta le venía a la cabeza, sonriendo, llorando, furiosa, haciendo el amor o acariciándole con ternura. Y

como respuesta a sus expectativas, cuando acercó su ojo a la mirilla vio a Marta ahí de pie, con las manos sobre el rostro.

Empezó a sentir mucho miedo, pero más por su novia que por él; de alguna manera, percibía una amenaza incognoscible que los acechaba a ambos. Si refinaba aún más ese instinto atávico, conseguía sondear el peligro de tal modo que, sin saber su proveniencia, podía entender que estaba referido a Marta, y no a él.

Una sensación de urgencia le invadió y abrió la puerta rápido, para evitar que ella se volviera a escapar. Lo que ocurrió a continuación desafió cualquier tipo de percepción preconcebida que tuviera de la realidad, pues durante un segundo vio a Marta llorar sangre, y otro segundo después el rellano volvía a estar vacío, y la única evidencia de su paso por allí era un llanto apenas audible, repitiéndose cada vez más lejos, hasta que vino el silencio.

- ¿Cuál es su estado? – preguntó el auxiliar de la ambulancia.
- No lo sé. No sé si tiene pulso o es sólo algún tipo de espasmo.

Llevo todo este tiempo esperando que alguien me ayude, dudando de si sigue viva o está muerta – contestó Manuel, inquieto. No dejaba de morderse las uñas mientras hablaba, y procuraba no levantar mucho la voz, como si Marta fuera a escucharle y, peor aún, replicarle.

Tanto Manuel como el conductor y el auxiliar de la ambulancia miraron el amasijo que tenían delante. No era un espectáculo agradable, y una persona no merecía ver aquel desastre, ni siquiera una vez, pero el conductor de la ambulancia estaba curtido en aquel tema. El practicante podría dudar de cómo estaba la mujer, y hasta cierto punto podría seguir viva, pero sacarla de ahí sería un infierno, y mantenerla estable hasta el hospital, una entelequia; tanto si la dejaba ahí como si la sacaba, el

coche se había convertido en una caja letal de la que, según su experiencia, sólo se podía salir de una manera, y era con los pies por delante.

Y sin embargo, un diminuto destello reposaba en Manuel, como si el cuerpo humano fuera una herramienta infalible, y Marta pudiera salir viva. Se imaginó escenas de la muchacha, la puso voz, risa y tacto, más allá del cuerpo marchito con el que estuvo durante media hora, y luego la cambiaba de escenario y sólo quería que no se le fuera, saber que había hecho todo lo que había podido y, lo mejor de todo, que había funcionado.

Ambas opiniones mantuvieron inalterado el estado de Marta, la cual se hallaba en un limbo entre la vida y la muerte, indeterminada, con posibilidades infinitas de triunfar o fracasar. Pero la llegada de la ambulancia había inclinado la balanza negativamente, hasta el punto de que Marta comenzó a perder el hilo de sus pensamientos, sintiendo un desvanecimiento anestésico contra el que no tenía demasiadas fuerzas para luchar.

Como si le leyera la mente, el conductor de la ambulancia se acercó al practicante y le colocó una mano en el hombro, que tuvo un efecto parecido a quitarle un peso de cuarenta kilos sobre la espalda, mientras dijo, suave y brutalmente honesto al mismo tiempo:

- Lo has hecho lo mejor que has podido, pero era imposible. Cuanto antes te hagas a la idea, menos te dolerá.

Por un momento Manuel pensó que el tipo era un cabrón insensible, pues la pasión y la urgencia de la última media hora le llevaba a los polos de las relaciones sociales: o demasiado simpático o demasiado mezquino. Se contuvo cuando las palabras hirvieron en sus oídos, dejó que se disipara el calor hasta que contestó, de forma fría y sincera:

- Tienes razón... - comenzó a decir Manuel...

Rubén se sentía impedido y desganado. No había manera de contactar con Marta y tenía un trágico presentimiento; como las viejas historias que le contaba su abuela, en la que un hombre antes de morir se aparecía delante de su amada para despedirse con un gesto y alguna palabra de consuelo. No quería creer en ellas, y su mente racional, que por un lado aceptaba libremente los delirios de cientos de directores de cine de Serie B, no podía encajar una aparición espectral en su esquema de las cosas, por muchos zombis que en él hubiera.

En un arrebato de frustración había tirado el móvil contra el suelo cuando, por octava vez, Marta le daba el teléfono como apagado o fuera de cobertura.

Era innegable que algo malo estaba pasando. A medida que corrían los minutos se hacía más y más a la idea de que Marta no volvería a aparecer, y las pequeñas estampas futuribles que tenía en su cabeza se disolvían, corroídas por el desasosiego.

Y entonces un nuevo milagro sucedió, y como por arte de magia Marta se mostró ante Manuel, desnuda y dispuesta, hambrienta de sexo, ansiosa como pocas veces la había visto. En un segundo le había despojado, con manos hábiles y tirones desdeñosos, de casi toda la ropa, y lo había arrojado contra el suelo, y había comenzado a besarle en el cuello, y él se dejó hacer. Ella le recorría el cuerpo con sus manos como si no hubiera tocado un cuerpo, y menos aun del sexo opuesto, en toda su vida, dándole besos en el cuello y jadeando literalmente junto a su oreja, y sólo una pequeña parte en el cerebro de Manuel le decía que en aquella escena algo iba mal, pero le dio igual. En apenas cinco minutos Marta se las había arreglado para condensar el sexo de dos años de noviazgo y tres de casados, y se lo había ofrecido a su amante como señal de despedida.

“- ... vamos a sacar a la pobre chica de aquí y avisar a la familia. Hice lo que pude, pero está muerta. Siempre lo estuvo.”

Ambos yacieron en la alfombra, aguardando el instante en que uno de ellos dejase de ser real. No hubo palabras, pues era algo innecesario en aquellas circunstancias extraordinarias. Cuando Manuel se sintió cómodo, y se giró e intentó abrazarla, Marta se desvaneció como si nunca hubiese estado allí.

Manuel no quiso abrir los ojos. Los dejó cerrados y buscó a tientas a su esposa, pero ni estaba ni volvería a estar. Lo sabía muy bien, y la llamada de confirmación sólo era cuestión de tiempo.